

GRAN SUPERTERROR

HORROR 3

Lo mejor del terror contemporáneo

STEPHEN KING
y otros

Selección de Ramsey Campbell



La antología de horrores de este volumen, seleccionada por Ramsey Campbell, refleja las corrientes más audaces e innovadoras, que están cambiando radicalmente la imagen de un género cultivado por grandes escritores y cada día más apreciado por la crítica y el público.

*para Cherry y Henry
con recuerdos del herboso Gales*

*para Sue y Neil
con whisky y Black Russians*

Prólogo

En 1978, al final de la Convención Británica de Literatura Fantástica, Nick Webb, entonces director literario de la editorial Pan Books, me propuso esta obra. La ciudad de Birmingham, en un domingo a la hora del almuerzo, es un desierto de hormigón y restaurantes desiertos. ¿Qué mejor lugar para hablar sobre un libro de terrores contemporáneos? En el hotel, los asistentes a la convención escuchaban una conferencia sobre Tolkien, pero nosotros mordisqueábamos hamburguesas e imaginábamos un libro en el que aparecieran los maestros actuales del terror, tanto famosos como en camino de serlo. La empresa fue dificultosa, pero el lector tiene en sus manos el resultado.

¿Por qué se siguen leyendo relatos de terror? Ésta es probablemente la pregunta más difícil de responder de todas cuantas pueden plantearse sobre este género, pues suele implicar dos cosas, a saber: que los psicólogos han exorcizado nuestros terrores o que la «realidad» (la guerra nuclear y postnuclear, el terrorismo, etcétera) es tan inquietante, que el relato de terror resulta una redundancia. Creo que este libro es en sí mismo una respuesta, pero la mía personal sería la siguiente: algunos de los relatos, con sus visiones y alegorías morales, tratan de cosas que son necesariamente inexplicables, mientras que los relatos más abiertamente terroríficos se ocupan de temores y obsesiones (los cuales, sin duda, la ciencia no ha disipado, y no sólo eso, sino que incluso ha creado algunos de ellos) en una forma lo bastante metafórica para que enfrentarse a ellos sea soportable. Naturalmente, incluyen nuestra propia fas-

cinación por el horror. Los autores de este campo exponen el lado oscuro de la imaginación y, al mismo tiempo, mantienen a ésta viva. Creo que esa circunstancia jamás ha sido tan importante como lo es en la actualidad.

Una ojeada a la evolución del género nos revela pronto que no queda ningún tabú en este campo. Desde la década de 1970, los límites de lo que era posible publicar se han ampliado de un modo espectacular, y quizá siguen ampliándose. Pero el relato de terror, incluso más que la ciencia ficción, se aferró a sus tabúes tanto como le fue posible. Esto puede tener diversas razones: los aficionados al género tienen gustos conservadores y quieren estar seguros de que no les van a fastidiar demasiado (en el nivel más bajo, a los lectores —yo no les llamaría aficionados— les gusta su sadismo siempre que no se vean obligados a enfrentarse a la naturaleza del mismo); el relato de terror ha tendido a tratar metafóricamente con los temas tabú (por ejemplo, todas las historias de vampiros, incesto y endogamia en las obras de Lovecraft y *La caída de la casa Usher*, de Poe, la enfermedad venérea en *El polvo blanco*, la sexualidad infantil en *El exorcista*, obra en la que implica que debe de ser obra del diablo); el cuento de terror se ocupa obsesivamente de la muerte, el mayor y quizá el último de todos los tabúes, y quizá no haya tenido espacio para incorporar otros. Con todo, ahora que los tabúes están de capa caída, el género, lejos de desintegrarse, se está expandiendo. Los terrores son más claros, pero raras veces se les da explicaciones satisfactorias. En conjunto, el relato de terror sondea a más profundidad de lo que había intentado jamás.

Y ahora el libro debe hablar por sí mismo. Para que el lector saboree mejor los relatos, sólo le pediría que lea cada uno de un tirón. Escribir obras de imaginación es, entre otras cosas, la sensación de estar a solas en una habitación con una pluma o una máquina de escribir y papel; leerla, sobre todo cuando se lee esta clase de literatura, debería incorporar también la sensación de estar a solas con el rela-

to. Este libro reúne a veintiún escritores que le llevarán a la oscuridad de sus imaginaciones y la de usted.

RAMSEY CAMPBELL

Liverpool, Inglaterra
Enero de 1985

Norias: un relato sobre el juego de la lavandería

STEPHEN KING

Stephen King nació en 1946 en Maine, y parece pintado para que le pregunten: «¿Qué hace un buen chico como tú metido en historias como éstas?», pero imagino que a estas alturas debe de estar harto de que le hagan esa clase de preguntas. (Una respuesta podría ser que un autor de relatos de horror puede ser más sincero acerca de su subconsciente que la inmensa mayoría, y quizá sufrir menos por ello). Forma parte del pequeño grupo de escritores que demuestran que los best-sellers de horror no tienen por qué ser infraliteratura. Sus novelas se ocupan del lado oscuro de lo cotidiano: la aventura del patito feo (Carrie), la épica de la pequeña población americana (Salem's Lot), la última oportunidad del alcohólico (The Shinning), la novela postapocalíptica (The Stand). Sus relatos cortos son dignos de Richard Matheson, a quien admira pero a quien iguala más que imita. Están recogidos en Night Shift, una colección tan satisfactoria que incluso le perdono por usar el título que me proponía utilizar, y Skeleton Crew. Vive en Maine con su esposa Tabitha y sus tres hijos.

Éste es el más extraño de sus relatos.

Borrachos como los últimos señores de la creación, Rocky y Leo recorrían lentamente las calles de Crescent en el Chrysler de Rocky, un modelo del año cincuenta y siete. Entre ellos, colocada en equilibrio, con el descuido de los beodos, sobre la joroba monstruosa del eje del vehículo, había una caja de cerveza Kleinblatt. Era la segunda caja de la velada, que había comenzado a las cuatro de la tarde, la hora de marcar la ficha en el trabajo.

—Me cago en diez —dijo Rocky, deteniéndose ante el semáforo en rojo en el cruce de la calle Mason y la carretera 99. No miró a los lados, pero echó un furtivo vistazo hacia atrás. Una lata de cerveza semivacía reposaba entre sus muslos. Tomó un trago y giró a la izquierda, tomando la carretera 99. El Chrysler emitió un fuerte chirrido al iniciar la marcha en segunda velocidad; había perdido la primera un par de meses atrás, en agosto—. ¿Qué hora es?

Leo acercó el reloj a la punta de su cigarrillo y aspiró varias veces hasta que la lumbre le permitió ver la hora.

—Casi las ocho.

—Me cago en diez —dijo Rocky.

Pasaron una señal que decía: HARTFORD 44.

—Nadie va a inspeccionar esto —dijo Leo—. Nadie en su sano juicio va a inspeccionar esto.

—Me cago en diez —repitió Rocky, al tiempo que colocaba la tercera.

El mecanismo gruñó y las entrañas del vehículo se estremecieron.

Pasó el espasmo, como el acceso de tos de un tuberculoso, y la aguja del velocímetro ascendió cansina hasta ochenta y permaneció allí precariamente.

Cuando llegaron al cruce de la carretera 99 y la de Devon (la cual corría paralela al río del mismo nombre, que constituía el límite entre los municipios de Crescent y Devon a lo largo de unos doce kilómetros), Rocky giró más o menos al azar. Así, al azar, estaban conduciendo desde que salieron del trabajo. Era el 31 de octubre de 1969, y según la pegatina de inspección en el parabrisas del Chrysler, a media noche el vehículo no podría seguir circulando legalmente, salvo que Dios o la bomba atómica dejaran todas las leyes sin efecto. Rocky estaba demasiado borracho para imaginar ninguna de las dos cosas, y a Leo no le importaba. Aquél no era su coche y, además, su cerebro estaba completamente momificado bajo una mortaja de cerveza Kleinblatt.

La carretera de Devon se deslizaba a través del único paraje boscoso de Crescent, y grandes grupos de olmos y robles se apiñaban a ambos lados, desnudos y esqueléticos al final del otoño de Connecticut. Aquella zona se conocía como El Bosque de Devon, y había adquirido las mayúsculas tras la tortura y el asesinato de una joven y su novio que tuvo lugar en 1958 en aquella espesura. La pareja estaba dentro de un Mercury del año cuarenta y nueve, un coche con tapicería de cuero auténtico y un gran adorno cromado en el capó, y encontraron a los ocupantes en la guantera, en el asiento delantero, en el trasero y en el portaequipajes. Sobre todo en ese último compartimiento.

—Ojalá este cacharro no se nos clave por aquí —dijo Rocky—. Estamos a doscientos kilómetros de cualquier parte.

—Chorradas —replicó Leo, utilizando una de las últimas gemas incorporadas a su vocabulario—. Por ahí está el pueblo.

Rocky suspiró y tomó un trago de cerveza. El pueblo era un débil resplandor en el cercano horizonte, brillo procedente del nuevo centro comercial. Mientras lo miraba, Rocky acercó el coche a la izquierda de la carretera y estuvo a punto de rebasar el borde de la cuneta. Un golpe de volante corrigió el desvío. Leo soltó un eructo.

Trabajaban juntos en la lavandería Adams desde septiembre, cuando contrataron a Leo como ayudante de Rocky en la sala de coladas. Leo era un individuo de veintidós años, menudo, con rasgos de roedor, y afirmaba que estaba ahorrando veinte dólares de su paga semanal para comprarse una moto Indian de segunda mano, que utilizaría para irse a Arizona el próximo invierno. Había tenido otros dieciséis empleos desde que, al llegar a la edad mínima de dieciséis años, el mundo académico y él rompieron sus relaciones. Le gustaba bastante la lavandería. Rocky le enseñaba a lavar, y estaba convencido de que el oficio le sería de utilidad cuando llegara a Flagstaff.

Rocky era un veterano y llevaba catorce años en la lavandería. Sus manos, ahora aferradas al volante, lo demostraban con su aspecto blancuzco, espectral. Estuvo en la cárcel en 1960, por llevar un arma sin el correspondiente permiso. Su esposa, entonces embarazada de su tercer hijo, declaró: 1) que el hijo no era suyo, sino de ella y el lechero, y 2) que quería el divorcio basándose en la crueldad mental de su marido.

¡El lechero, nada menos, por el amor de Dios! ¡El lechero! Hasta para Rocky, cuyas lecturas nunca habían pasado de la viñeta en el envoltorio de la goma de mascar que consumía infatigablemente mientras trabajaba, la situación tenía sonoras notas clásicas.

Como resultado, y a su debido tiempo, informó a su esposa de dos hechos: 1) nada de divorcio, y 2) iba a abrir un boquete enorme en la barriga de Spider Milligan. Tenía una pistola del calibre .32, adquirida poco después de la segunda guerra mundial, que usaba para disparar contra botellas,

latas y chuchos. Aquella tarde salió de su casa en dirección a la calle del Roble, donde tenía su guarida Spider Milligan, en una pensión para caballeros solteros. Le cogía de paso la taberna de Las Cuatro Esquinas, y entró en ella para tomarse ocho o diez cervezas. Entretanto, su esposa había telefoneado a los polis, y le estaban esperando en la esquina de la calle del Roble. Le arrestaron por ocultar un arma de fuego y pasó siete meses en la cárcel del condado. Durante este período el divorcio prosperó, con la habilidad con que la manteca de cerdo se desliza a través de un pollo, y su esposa vivía con Spider Milligan en una casa de la calle Dakin, en cuyo jardín había un flamenco rosado. Tenían un bebé de cuatro meses, que por todos los indicios parecía tan insulso como su padre, además de las dos niñas. Disponían también de una pensión de sesenta dólares al mes, que probablemente era muy bien recibida, pues una semana después de la boda Spider perdió su empleo en la Central Lechera Oak Hill, y no mostró signos de tener prisa para encontrar otro trabajo.

—Hijo de puta —dijo Leo—. ¿Por qué no nos paramos para beber tranquilamente?

—Necesito la pegatina de la inspección —dijo Rocky—. Un hombre no es nada sin su coche.

—Nadie en su sano juicio va a inspeccionar este trasto. No tiene intermitentes.

—Se encienden si piso el freno al mismo tiempo.

—La ventanilla de este lado está rota.

—La bajaré.

—Eso, a cuatro grados y medio de temperatura y andas por ahí con la ventanilla abierta. ¿Quién se lo va a tragar?

—La bajaré cada vez que me salga de las narices —dijo fríamente Rocky.

Arrojó la lata vacía por la ventanilla y cogió otra, tiró de la anilla y la espuma brotó de la abertura.

—Ojalá tuviera mujer —dijo Leo, mirando hacia la oscuridad, con una extraña sonrisa en los labios.

—Si la tuvieras, nunca te irías al oeste. ¿No me dijiste que querías irte al oeste?

—Sí, allá voy.

—Nunca te irás. No tardarás en tener una mujer, y luego tendrás que pasarle una pensión. Las mujeres siempre acaban obligándote a pasarles una pensión. Los coches son mejores.

—Pero debe de ser bastante duro tirarte a un coche.

Rocky soltó una risita.

—Te llevarías una sorpresa.

La vegetación disminuyó a medida que se aproximaban más casas. Las luces parpadeaban a la izquierda, y Rocky pisó el freno de repente: las luces de freno, las de estacionamiento y las de giro se encendieron a la vez. Había hecho un buen trabajo manipulando los cables. Leo sufrió una sacudida y derramó cerveza en el asiento.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Hemos tenido suerte —dijo Rocky—. Conozco a ese tipo.

A la izquierda de la carretera se alzaba una desvencijada estación de servicio. El letrero decía:

BOB'S ESTACIÓN SERVICIO
BOB DRISCOLL, PROPIETARIO
ESPECIALISTAS EN ALINEAMIENTO

Y la última línea:

PUESTO ESTATAL DE INSPECCIÓN DE VEHÍCULOS N.º 72

—Nadie en su sano juicio... —empezó a decir Leo.

—¡Yo y Bobby Driscoll fuimos juntos a la escuela! —exclamó Rocky—. ¡Esto está hecho, puedes apostar el pellejo!

Los faros del coche iluminaron la puerta abierta del taller contiguo a la estación de servicio. Rocky entró la marcha y el vehículo avanzó con un rugido... Un individuo de

hombros caídos, enfundado en un mono verde, salió corriendo, haciendo gestos frenéticos para que el Chrysler se detuviera.

—¡Ése es Bob! —gritó Rocky—. ¡Eh, Bobby!

Un instante después toparon con la pared del taller. El carburador produjo una serie atroz y espasmódica de eructos. Una llamita amarilla apareció en la boca del caído tubo de escape, seguida de una nubecilla de humo azulado. El motor se caló, Leo sufrió otra sacudida y derramó más cerveza. Rocky hizo girar de nuevo la llave de contacto y retrocedió, dispuesto a intentarlo de nuevo.

Bob Driscoll corrió hacia ellos, dirigiéndoles una retahíla de insultos.

—... qué diablos creen que están haciendo, malditos hijos de...

—¡Bobby! —exclamó Rocky, con un placer casi orgásmico—. ¡Eh, «Calcetines Tiesos»! ¿Qué te cuentas, macho?

Bob escudriñó a través de la ventanilla. Su rostro estaba contorsionado y tenía una expresión de fatiga, casi oculto bajo la visera de una grasienta gorra deportiva.

—¿Quién me ha llamado «Calcetines Tiesos»?

—¡Yo! —gritó Rocky—. ¡Soy yo, tu viejo camarada! ¿No te acuerdas de mí?

—¿Quién diablos...?

—¡Johnny Rockwell!

—¿Rocky? —preguntó el hombre con cautela.

—¡El mismo, hijo de la grandísima...!

—Cielos. —Poco a poco, una renuente expresión placentera fue aflorando al rostro de Bob—. No te había visto desde... Por lo menos desde el partido contra los Gatos Montesés...

—Y vaya partidazo, ¿eh?

Rocky se dio una palmada en el muslo, derramando cerveza en el asiento. Leo soltó un eructo.

—Ya lo creo. La única vez que ganó nuestra clase. Oye, Rocky, te has dado un buen trastazo contra la pared.

¿Qué...?

—¡Ah, «Calcetines Tiosos», eres el mismo de siempre! No has cambiado ni un pelo. —Tardíamente echó un vistazo para ver si eso era cierto. A juzgar por lo que dejaba entrever la visera, parecía que el viejo «Calcetines Tiosos» se había vuelto casi del todo calvo—. El mismo hombre de una sola pieza. ¿Al final te casaste con Marcy Drew?

—Sí, nos casamos en el año sesenta. ¿Y tú dónde estabas?

—En la cárcel. Oye, ¿podrías inspeccionar este cacharro?

Bob volvió a mostrarse cauto.

—¿Te refieres a tu coche?

—No, a mi picha —dijo Rocky, con una risa aguda—. ¡Claro que se trata de mi coche! ¿Podrías hacerlo?

Bob abrió la boca para decir que no.

—Te presento a un amigo mío, Leo Brooks. Leo, éste es el único jugador de baloncesto de la escuela Crescent High que nunca se cambió los calcetines de entrenamiento en cuatro años.

—Mucho gusto —dijo Leo.

Rocky volvió a reírse.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó a «Calcetines Tiosos».

Bob abrió de nuevo la boca para decir que no.

—¡El mejor remedio para el dolor de tripa! —dijo Rocky, mientras abría una lata.

La cerveza, embravecida por la embestida contra la pared del taller, salió espumeante de la abertura y se deslizó por la muñeca de Rocky. Éste puso la lata en la mano de Bob y se apresuró a abrir otra para él.

—Rocky, cenamos a las...

—Sólo un momento, déjame hacer marcha atrás.

Rocky retrocedió, rozó una bomba de gasolina e introdujo el estremecido Chrysler en el taller. Al instante bajó del coche y estrechó la mano libre de Bob, el cual parecía

perplejo. Leo estaba sentado en el coche, abriendo otra cerveza mientras soltaba ventosidades. La cerveza le hacía pedorrear mucho.

—¡Eh! —dijo Rocky, tambaleándose entre un montón de llantas oxidadas—. ¿Te acuerdas de Diana Rucklehouse?

—Claro —respondió Bob, sonriendo sin poder evitarlo—. Era la que tenía las...

Ahuecó las manos sobre el pecho.

—¡Ésa, ésa es! —aulló Rocky—. ¿Todavía está en el pueblo?

—Creo que se mudó a...

—Qué tipo tenía —le interrumpió Rocky—. Oye, puedes ponerle una pegatina de revisión a este cacharro, ¿no?

—Es que cerramos a...

—Me harías un gran favor, te estaría muy agradecido.

Leo eructó y miró fijamente el claxon del vehículo.

—Bueno, supongo que podría echarle un vistazo —cedió Bob.

Rocky le dio una palmada en la espalda.

—Claro que sí. El mismo «Calcetines Tiesos» de siempre.

—Sí. —Bob suspiró y tomó un trago de cerveza—. Has destrozado el parachoques, Rocky.

—Eso le da clase, y los coches necesitan un poco de clase. Eh, quiero que conozcas al chico que trabaja conmigo. Leo, éste es...

—Ya nos has presentado —dijo Bob, con una leve y abatida sonrisa.

—¿Cómo está usted? —dijo Leo, tanteando en busca de otra lata de cerveza.

Unas líneas plateadas empezaban a cruzar su campo de visión.

—... Bob Driscoll, el único jugador de baloncesto de la escuela Crescent High que nunca se cambió...

—¿Quieres enseñarme los faros, Rocky? —le preguntó Bob.